

EL IDEAL POLÍTICO.

REDACCION Y ADMINISTRACION.

Plaza de Fontes, núm. 4, cuarto segundo de la derecha.

JUSTICIA, RELIGION, LIBERTAD.

PRECIOS Y PUNTO DE SUSCRICION.

Marcia, 6 rs. trimestres; fuera, 8 id. id. En la Administracion de este periódico.

Año IV. Se publica en Marcia los dias 5, 10, 15, 20, 25 y 30 de cada mes. Num. 366.

EL IDEAL POLÍTICO.

Marcia 5 Diciembre 1874.

Por lo especial que nos ha parecido el siguiente artículo de nuestro apreciable colega «La Epoca», lo publicamos hoy en lugar preferente.

«Tenemos muy justas quejas de un sujeto al que suele llamarse «sentido común» y no hemos de callarlas.

En serio habíamos pensado exponerlas, investigando el papel que al sentido común cabe en el movimiento político, procurando diferenciarle del buen sentido, que es cosa diversa, y comparándole con la filosofía y con la ciencia, pues ahora tenemos tiempo para todo, y no pudiendo ocuparnos ni en las cuestiones de la guerra, ni en las relativas al ejército o a la marina, ni en las de Hacienda, ni en las crisis o modificaciones del ministerio, ni aun como probables, ni en ninguna de las enumeradas en el largo catálogo que ha publicado «La Igualdad», claro está que aquel tema nos había de venir como de molde.

Pero estamos enojados con el sentido común y no le juzgamos ya digno de un examen a fondo. Sabíamos que sus caracteres son tales, que no sirve jamás para descubrir la verdad, contentándose, a lo más, con indicar donde está el error; sabíamos que era negativo como las soluciones políticas que ahora se usan, porque no afirma, ni responde, ni da señales de vida sino a la manera de ciertos animales de sangre fría cuando se les mutila o se les hiere. Sabíamos que era igual en todos los hombres, que no admite grados, que lo tiene lo mismo el polinesio que el europeo, el malayo que el piel roja, de modo y manera que al individuo que carece de él se le llama «insensato.» Sabíamos que no ha evitado ningún error, que no ha impedido ningún absurdo, puesto que a pesar de él y de estar por igual repartido entre todos los hombres, se han establecido las castas en la India, el despotismo en Asia y en otras partes, los sacrificios humanos y otras cien aberraciones. Sabíamos que no ha engendrado ningún progreso, puesto que es incapaz de iniciativa, siendo su papel meramente pasivo; por lo que todo progreso es hijo de la reflexión y de la ciencia, no cabiéndole en él al primero participación alguna. Mas a pesar de estos caracteres y condiciones del sentido común (que no debe ser confundido con el buen sen-

tido ó *recta ratio* que es el equilibrio de las facultades), todavía esperábamos de él mucho más, por lo visto, de lo que puede y de lo que presta. Si nos sirve para impulsar, nos decíamos, al menos servirá para preservar; si su papel es pasivo, en cambio formula una protesta cuando se le ofende, se cubre de púas como el erizo cuando al un riesgo le amaga, se encoge como ciertos insectos cuando se le amenaza. De aquí nuestro desencanto y nuestro enojo. Hoy sabemos por muy larga experiencia, que el sentido común ni es activo ni pasivo, sino un término medio, como si dijéramos, una interinidad entre ambas cosas; que no preserva ni guarda, que es falsísima máxima *non bis in idem*, fundada en el mismo, puesto que vamos al individuo y a las colectividades incurriendo y veinte veces en los mismos errores, sin que sirva de nada la experiencia. En una palabra, hemos perdido la ilusión de que el sentido común era un gran elemento conservador, como la ciencia y la filosofía son agentes del progreso; y de hoy más tratándose de nuestra patria, no se nos dará un bledo oír decir que dicho personaje ha dejado de funcionar, ó que ha desaparecido, puesto que cuando le poseíamos de nada nos sirvió y no supo ni pudo evitar que en la vida política incurriésemos en faltas, que acaso han evitado los torgos y los polinesios.

Perdonen nuestros lectores esta diatriba contra el sentido común. Somos enemigos de las reputaciones usurpadas, de las posiciones no merecidas, y no pasaba día que no nos suministre una prueba de que esa facultad (de algún modo hemos de llamarla) que se supone en todos los hombres, de la que se asegura que abarca más que la razón, aunque penetra menos, que percibe muchas cosas, aunque sin claridad, ó no existe desde hace mucho tiempo en la mayoría de los españoles, ó si existe, es tan pasiva, tan pasiva, que no les sirve para maldita de Dios la cosa.

Pongamos, pues, los términos en su lugar y consignemos la ausencia de aquel elemento político conservador que algunos han llamado «sentido común histórico.» Si existiera, ¿cómo había de ser todo posible en nuestra patria? ¿cómo había de equilibrarse y confundirse todo? ¿cómo el absurdo había de pasar plaza de razón, la tiranía mezclarse con la democracia? ¿cómo, sobre todo, habíamos de ver amontonarse unas sobre otras las vaguedades y las negaciones, como los témpanos de hielo en los mares del polo?

Esta multitud de negaciones es, con efecto, el rasgo principal y ca-

racterístico de la situación que atravesamos. Cogemos en la mano «La Igualdad» o «El Imparcial» y hallamos consignada en ellos la negación de la libertad de imprenta, en la interminable lista que han publicado de las cuestiones que la prensa debe abstenerse de tratar. Leemos «El Diario Español» y encontramos que, hablando el lenguaje de la verdad a los radicales y republicanos, les prueba con excelentes argumentos, que contra ellos más que contra los alfonsistas se ha pronunciado el *lasciate ogni speranza*; de manera que ya, ni los miércoles ni los jueves, ni día alguno de la semana volverá a ofrecerse la perspectiva de una modificación ministerial.

Pasamos la vista por «La Iberia», órgano ministerial, y las negaciones nos salen al paso en falange ó legión: ni de Francia, ni de Alemania, ni de Prusia, ni de la república, ni de los radicales, ni del alfonsismo puede venir, según aquel periódico, el remedio a la situación lamentable en que yace la patria; y como por otra parte, aquel diario sostiene que lo actual es transitorio y que la dictadura no tiene el carácter de sistemática ni menos el de perpetua se deduce que el remedio no puede venir sino de la Providencia, sin auxilio siquiera de las buenas obras.

Véase con cuán justo motivo hemos increpado en este artículo al ocioso, inútil é invisible sentido común. Que no se nos vuelva a decir que repugna el vacío, y que protesta contra el error. Lo creemos cuando lo vemos, y entretanto nos iremos acostumbRANDO a las negaciones y comenzaremos por negar ese mismo sentido común del que todos hablan, y que ninguna prueba da en España de su existencia.

Hoy 5, según decía nuestro colega «El Tiempo», parece debía ser el día designado para marchar al Norte el Duque de la Torre.

Hay cosas que deben repetirse aunque sean harto sabidas.

El general Cabrera, antiguo candidato de la guerra civil y hoy no adicto al Pretendiente, ha dirigido una cariñosa carta para que manifestasen su grande interés por la salud del general Topete, antiguo favorito de la que fué reina de España y su hermana.

El antiguo guerrillero carlista vé con satisfacción, según dice «El Gobierno», que el iniciador de la revolución de Setiembre se halle fuera de peligro.

Nosotros también nos alegramos.

Nuestro estimado colega «La Epoca», al anunciar el voraz incendio que casi ha destruido el palacio de los marqueses de Bedmar en Madrid, se lamenta de que el cuerpo de bomberos no esté en la capital de España con todos los útiles necesarios para apagar los fuegos, como en otros países de Europa.

Nuestro apreciable é ilustrado colega «El Consultor de los Parrocos», en cuya respetable redacción hay escritores profundos que han publicado folletos refutando el espiritismo, dice en su último número:

«Les Annales Catholiques» publica un importante artículo. lleno de datos muy curiosos, en el cual se hace ver que el espiritismo es una pendiente muy resbaladiza por la cual se rueda con sumafacilidad hacia la demencia. Y esto es y no puede menos de ser así. El espiritismo, ó no se toma por lo serio, ó es solo un criminal entretenimiento, ó se acepta formalmente, y entonces exalta la fantasía, atueña, hace que se pierda de vista el mundo real, excita el fanatismo, turba la razón y arrastra a los escesos consiguientes.

Así se verá que en el sistema espiritista todo revela desconcierto ó desequilibrio de la inteligencia. No hay nada que sea racional y claro, todo es absurdo y oscuro. Se habla de espíritus; pero de espíritus que en definitiva no son más que la quinta esencia de la materia ó la materia misma. Se admite el mundo invisible pero se niega el orden sobrenatural que es lo mismo.

Se dice que en el espiritismo todo obedece a leyes naturales, y sin embargo, hay evocación, y se rezan oraciones espiritistas para que Dios permita que se aparezcan los espíritus que se evocan. Se supone que todo es natural, y esto no obstante, se afirma que los espíritus pueden aparecer ó no aparecer, según que quieran ó no, ó se les permita ó no. ¿Cuántas contradicciones!

Como los espiritistas viven siempre en los espacios imaginarios, todo en ellos es fantástico. Sus ideas religiosas son fantásticas, fantásticas sus doctrinas políticas y fantásticas sus nociones acerca del universo, ó de lo que, después de negar que Dios sea creador, llaman la creación. Lo menos malo que hacen es hablar de los habitantes de la luna, como si en realidad los hubiese visto, ó de las reencarnaciones, como si alguna vez hubiesen conocido un hombre que antes hubiese sido mujer ó vice-versa. Fijándose bien en estas cosas, se comprenderá bien la razón que tienen los que afirman que el espiritismo lleva a la alucinación y por la alucinación al desconcierto de la inteligencia.

Mientras «El Imparcial» se atrevía a anunciar que las relaciones entre la Santa Sede y el Gobierno español adelantaban a un éxito feliz, «La Correspondencia» asegura que el Sr. Lorenzana dejará la re-